



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12043

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 31 DE DICIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Vanhousz-Montmartre, 31.

LA FIESTA DE LA CIRCUNCISION

El objeto de la fé en esta fiesta
es el niño de Belén sufriendo la se-
ñal de la circuncision, recibiendo
el nombre de Jesús.

La razon de la Ceremonia á la
que el verbo encarnado se digno
someterse en este dia es la si-
guiente:

Todos los hijos de Abraham de-
bian llevar en su carne el signo de
la alianza celebrada por el Señor
con aquel Padre de los creyentes;
el precepto de la circuncision esta-
ba fundado en tres razones princi-
pales, y debia ser: 1.^o, el sello de la
alianza que el Señor habia contrai-
do con Abraham; 2.^o, un signo que
distinguiere de los demas pueblos
de la tierra á los descendientes del
Santo Patriarca; 3.^o, una prenda
de las bendiciones prometidas en
la persona de Abraham; á cuantos
observasen fielmente los manda-
mientos del Señor.

Una de esas bendiciones y la
más preciosa sin duda alguna, era
la remisión del pecado original, no
obrada por la propia virtud de la
circuncision, sino por la fé en la
pasión de Nuestro Señor, de que
aquella era el símbolo; saludable
fé que profesaba el adulto por sí
mismo al sufrir la circuncision, y
los padres por el niño. Sin embar-
go, el niño circuncidado que moria
no entraba por esto en el cielo, si-
no que debia esperar la Ascension
del Señor.

La circuncision se verificaba ocho
dias después del nacimiento del ni-
ño, siendo la costumbre cumplir
este deber, no en el templo, sino
en las casas particulares; para es-
ta ceremonia no eran necesarios
sacerdotes ni levitas, pues ordina-
riamente era el padre el ministro,
y algunas veces la madre.

Jesús, en calidad de Dios, pudo

dispensarse de la dolorosa cere-
monia de la ley mosaica, mas qui-
so someterse á ella por varias ra-
zones, dignas todas de su sabidur-
ia y de su amor.

Si bien la solemnidad de la cir-
cuncision no se halla mentada por
primera vez hasta el segundo con-
cilio de Tours, en 567, es indudable
que es mucho mas antigua y que
data á lo menos del siglo IV; pues
aquel concilio dice expresamente
que no hace mas que renovar las
prescripciones de los antiguos Pa-
dres.

Dicho concilio hizo esta fiesta
mas célebre.

Antiguamente era costumbre ce-
lebrar en dicho dia dos misas

El dia de la circuncision corres-
ponde al primer dia del año.

X.

TIJERETAZOS

Cuando creíamos que habia pasado á la
historia la negativa de las potencias á me-
diar en la cuestion pasada de España con
los Estados Unidos, resulta que se vuelve
á poner sobre el tapete.

Y unos dicen que fue Rusia la culpable
de que Europa no mediara en aquella
cuestion.

Y otros dicen que fue la Gran Bre-
taña.

Aguanta el mundo el mundo.

Más bueno es recordar que son britán-
cos y rusos los que se glorian de que sea la
propia nación que se opone á poner paz.

El Times llega hasta recordar á los yan-
kis los buenos oficios que les prestó Ingla-
terra favoreciendo su encuentro con Es-
paña.

Y diga el Times:

¿Eso lo hacia su gobierno por sentimen-
tos de humanidad?

Un periódico da la noticia de que en
una cueva de la Moncloa (Madrid) ha sido
encontrado un hombre muerto de hambre
y frío.

La primera impresion que nos ha produ-
cido ese suceso es de indignación.

Morir de hambre y frío un hombre
junto á una poblacion grande abarrotada
de víveres y sembrada de asilos!

Mas pensándolo mejor, después de exa-
minar lo que pasa aqui, obtenemos por
creer que la sociedad no tiene la culpa de
esos accidentes.

Los culpables son los integrandos, que
prefieren ser mendigos trashumantes, an-
tes que asilados con abrigo y pan.

Ese mendigo de la Moncloa se ha muer-
to por amor al arte, no por culpa de la so-
ciedad.

Dice El Correo:
«En ambas Cámaras se ha tratado á pri-
mera hora y con bastante interés, del de-
creto que ayer publicó la Gaceta sobre ma-
trimonios de los militares.»

Cuando ese asunto es la nota del día.
Pues si desde que apareció el decreto
en la Gaceta no habian de otra cosa las
muchachas.

PARA LOS NIÑOS

Carta de los reyes

Apreciables amiguitos: Después de pro-
star al Niño Dios la adoración que le debo-
mos y de ofrecerle los regalos que para él
traíamos, que son más y mejores que nun-
ca, hemos pensado en vosotros que nos es-
tareis esperando impacientes por saber la
importancia de los juguetes que os hemos
de llevar.

En poco la estado que esperáreis en val-
de; los obreros de Bellhop dedicados á la
fabricación de juguetes, se declararon en
huelga hace siete semanas, y con tal moti-
vo no hay en estas fabricas ni una muñeca
presentable, ni una caja de soldados que
no sea de desecho, ni una trompa con púa.
Después de revolverlo todo, solo hemos en-
contrado juguetes inservibles, indignos de
vosotros y sobre todo de nosotros. ¿Qué se
diria de los Reyes Magos si en lugar de ju-
guetes valiosos y finos repartieran barati-
jas rotas?

—Nada, no hay reparto este año,—decia
esta mañana el rey negro poniéndose blan-
co de tan pálido.—Que tengan paciencia
los niños. Otro año sera.

Pero hombre,—le decia Baltasar—ten
en cuenta que hay muchos que están espe-
rándonos. Tengo aqui algunos millares de
cartas de niños y niñas que me ha traído el
correo y no es posible dejarlas sin con-
tención. Además ¿cómo les decimos que no
hemos encontrado juguetes? Eso no pue-
de decirlo los reyes, que lo alcanzan todo.

Por fortuna, Gaspar, que es hombre que
siente por los niños verdadero culto, ha
hecho los imposibles para adquirir aquello
de que carecíamos. Esta mañana envié á
los criados á comprar los juguetes que en-
contraran en las poblaciones limítrofes, y
han llegado á la caída de la tarde, trayendo
seiscientos camellos cargados de sacos de
juguetes.

No nos sobrarán por que son pocos; pero
hemos decidido hacer el reparto entre los
niños buenos, y con esto no se quedarán
sin su juguete respectivo quienes lo merez-
can.

A los niños malos no les llevamos nada
y así se enseñarán para que los tengamos
presentes el año venidero.
Conque salud amiguitos. Mañana nos
pondremos en marcha para llegar el próxi-
mo domingo. Primero marchará Baltasar
con seiscientos camellos cargados con tres
fardos de juguetes cada uno; después irá
Melchor con otros tantos y después Gaspar
con la parte que le toca.

¡Ah! no nos olvidaba decir que los
juguetes nos los ha vendido un alemán á
cambio de salvado; y al efecto de poderlos
pagar en la especie que el alemán desea, es
preciso que nos pongáis en los cestitos,
cajones, botitas y demás en que hemos de
depositar los juguetes, un puñadito de sal-
vado.

Con que hasta la vista. Es decir, hasta
la vista no, por que no nos veremos; pues
cuando pasemos por ahí, estareis soñando
con los ángeles... y con los juguetes que os
vamos á poner.

Melchor

Gaspar

Baltasar

Academia de la historia

Como estaba anunciado, anteaayer se
verificó en la Academia de la Historia la
recepción de nuestro querido amigo y pa-
sano D. Adolfo Herrera.

De dicho acto que nos llena de orgullo
por el cariño que profesamos á nuestro
amigo de la infancia, dice «El Globo», re-
cibido hoy:

«Bajo la presidencia del señor marqués
de la Vega de Armijo celebró ayer sesión
pública y solemne esta Corporación, para
dar posesión de su plaza de académico de
número al que lo ora electo D. Adolfo He-
rrera y Chicaenova, que viene á ocupar la

vacante de D. Victor Balaguer, á quien
dedicó sentido recuerdo en su discurso.

El erudito discurso del nuevo académico
versó acerca de las «Medallas de los gober-
nadores de los Países Bajos en el reinado
de Felipe II», y temiendo, con gran mo-
destia, que resultase pesada la disertación,
por ser la numismática ciencia árida y pe-
nosa, concretó el discurso al siglo XVI, y
dentro de éste á su segunda mitad, en cu-
ya época alcanzó España inmensa prepo-
nderancia en el mundo, por los grandes
hombres que florecieron en las ciencias, en
las letras y en las armas.

En dicha época, las medallas desempe-
ñaban un papel de trascendental impor-
tancia, porque servían para conmemorar
los acontecimientos, y además como medio
de propaganda para altos fines políticos,
viniendo á cumplir, en cierto modo, la mi-
sión de nuestros actuales periódicos, cir-
culando por todas partes; unas veces sir-
viendo á la par de monedas, otras como
distintivo, y siempre como recuerdo per-
manente, estimado por el arte y el ingenio
que presidían á su formación.

En nombre de la Academia contestó al
recipiente D. Casares Fernández Duro,
quien después de reseñar los merecimien-
tos de D. Adolfo Herrera para el sillón
que ocupa, hizo gala, en su brillante dis-
curso, de sus conocimientos en numismá-
tica.

Ambos trabajos fueron muy aplaudidos,
y sus autores felicitados por la numerosa
y distinguida concurrencia que asistió al
acto.

Unimos nuestra felicitación á las felici-
taciones que ha recibido nuestro amigo y
á los muchos elogios que le tributa la pre-
nsa periódica.

La navidad entre los reyes

Estos días de Pascua tienen una conso-
ladora nota de igualdad y de alegría; la de
que el amo, el rey en estas fiestas es el tí-
ño, así en la choza como en el palacio.

Y en este breve reinado infantil es muy
interesante saber como pasan estas festi-
dades los niños que son reyes de verdad.

En la corte inglesa no rige la etiqueta
en estos días y las fiestas de Navidad tie-
nen un carácter íntimo. El Rey y la Reina
reciben en su residencia de Sandringham
al príncipe y la princesa de Gales, acompa-
ñados de sus hijos. Árboles de Noé, bri-

185

LOS CRUZADOS

—Dios os recompensará á tu padre y á tí, y de todos
modos, ya ajustaremos cuentas luego.

—No somos como los alemanes,—contestó,—no nos
gusta cobrar lo que regalamos.

—Entonces, Dios os lo pague. Tu padre me ha di-
cho que eres una chica muy lista; ¿sabes gobernar
bien una casa?

—Ya lo oí; si tenéis necesidad de algo, enviad un
recado por cualquiera.

Al decir estas palabras, miró Jaghenka á su alre-
dedor, y Matsko que lo advirtió repuso:

—¿A quién buscas?

—A nadie.

—Haré á Zbishko para dar gracias á tu padre.

—¿Te ha gustado el muchacho?

—No ha reparado bien.

—Pase mirale ahora, aquí está.

Zbishko que habia hecho beber á los caballos,
viendo á Jaghenka aceleró el paso; llevaba un caf-
tan y un birrete, por debajo del cual asomaban sus
rizados cabellos. Era un buen mozo en toda la exten-
sion de la palabra, y parecía un page de algún gran
señor.

Jaghenka se volvió hacia él, y Zbishko le saludó
afectuosamente, besándole la mano.

—¿Por qué me besas la mano?—preguntó,—¿soy
quién yo soy?

184 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

En las paredes se veían corazas, cascos, picas, es-
padas, escudos y hachas, pero todas aquellas armas,
así ofensivas como defensivas, estaban corroídas por
la herrumbre y denunciaban el abandono en que se
las habia tenido.

Matzko estaba sentado sobre un tronco de árbol,
cerca de la casa y gozaba de la fresca brisa de otoño,
cuando el relincho de un caballo en el patio llamó su
atención.

Al volverse, vio que un aldeano queria ayudar á
Jaghenka á bajar del caballo, pero la muchacha bajó
de un salto y se acercó á Matsko alegre y conrosada
por la rápida carrera.

—¡Bendito sea el nombre del Señor! he venido á
saludaros en nombre de mi padre y á preguntaros si
os falta algo.

—¡Gracias! estoy bastante mejor.

—No debe ser muy cómoda esta casa.

—Es verdad; pero estoy acostumbrado á las fatigas
de la guerra hace años. Los aldeanos me han traído
harina y huevos. Lo que veo que no hay aqui es ropa
blanca.

—Ya haré yo que os traigan todo lo que sea ne-
cesario.

Matzko, que agradecía los regalos, pasó la mano
por la cabellera de la muchacha, y dijo:

191

LOS CRUZADOS

—Estoy cansado,—repuso Jaghenka.

—¿En tierras ajenas?

—No solo el abad me ha dado permiso, sino que me
ha dado ojeadores y perros.

—Cuanto me alegra el verte, ven, te daré otro
beso.

Jaghenka murmuró:

—Estamos muy lejos de casa. El bálfo nos ha
traído hasta aqui y los caballos ya comenzaban á can-
sarse. Qué hermoso animal; la última que le lancé lo
mató.

—Si, pero no la tuya; mira aqui al matador.

Jaghenka alisándose el pelo con los dedos, miró con
complacencia á Zbishko.

—¿Le sonoces?—preguntó Zbishko.

—No.

—No es extraño, porque está muy cambiado, y al
viejo Matsko de Bogdanetz le reconoces?

—Ya lo oí,—dijo Jaghenka que, aproximándose
al carro besó la mano al guerrero.

—Está tendido en el carro porque le hirieron los
tudescos.

—¿Qué tudescos? Creía que la guerra era contra los
tártaros...

—Si, pero él fue con Zbishko á pelear á Distg-
bunian.

—¿Dónde está Zbishko?